



11 de abril
de 2020

HIMNO DE APERTURA:

Himnario adventista, n° 27
«¡Oh pastor divino, escucha!».

LECTURA BÍBLICA:

Juan 10: 1-16.

HIMNO FINAL:

Himnario adventista, n° 404
«A cualquiera parte».

DÍA DE VISITAS

Jesús, el buen pastor

Introducción

En el pasaje bíblico que leímos Jesús se presenta como el pastor por excelencia, porque él es:

- El buen pastor que da su vida por sus ovejas.
- El buen pastor que conoce a sus ovejas.
- El buen pastor cuyas ovejas lo conocen, oyen su voz y lo siguen.
- El buen pastor que ama a sus ovejas y da su vida por ellas.

Jesús, el buen pastor, también nos advierte de los falsos pastores que lejos de conocer, amar, proteger, guiar y dar su vida por las ovejas, son unos mercenarios que no entran por la puerta del redil, porque son ladrones y salteadores. Las ovejas no conocen su voz. No los siguen, sino que huyen de ellos porque

20

«En la difícil y larga peregrinación por el desierto de esta vida, necesitamos un seguro conductor, un guía, un pastor que nos lleve con mano firme y poderosa».

solo vienen para hurtar, matar y destruirlas. Ellos huyen cobardemente cuando ven llegar al lobo, porque son asalariados.

En el libro de los Salmos, en el capítulo 23, encontramos el muy conocido Salmo que promete que: «Jehová es mi pastor». Allí se ilustra con extraordinaria precisión lo que realmente significa ser un verdadero pastor. El Salmo del pastor, fue considerado por el «príncipe de los predicadores», el británico Charles Haddon Spurgeon, como «la perla de los Salmos».

Él conoce al pastor

Un famoso declamador ofreció un recital en un gran auditorio. Dentro de su repertorio, recitó el Salmo 23. Conocedor del arte de la declamación, lo hizo maravillosamente. Al concluir, el público se colocó de pie y lo premió con un caluroso y prolongado aplauso. Entre los presentes, se encontraba un conocido y viejo misionero ya jubilado; un hombre que había dedicado los mejores años de su vida a la predicación del evangelio

de salvación. A él también se le pidió que recitara el mismo Salmo y lo hizo con mucho gusto. Al terminar hubo un profundo silencio en el auditorio, pero lejos de aplaudir todos habían sido conmovidos al punto de llorar.

El maestro de ceremonias, también conmovido, preguntó al artista sobre la razón por la que el viejo misionero no arrancó aplausos sino lágrimas del mismo público al declamar el mismo poema, en la misma noche y en el mismo lugar. El artista, también conmovido, sin dudar respondió: «Es que yo conozco solo el Salmo, pero él conoce al pastor».

A través de las edades, este Salmo ha sido uno de los favoritos de niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos. Sirvió para animar la fe de los cristianos primitivos, para consolar a los perseguidos valdenses, para fortalecer la fe de los heroicos reformadores y para hacer renacer la esperanza del advenimiento a los consagrados pioneros de nuestra iglesia después del gran

chasco del 22 de octubre de 1844. Este es el Salmo que aún cantan millones de labios y corazones conmovidos en el mundo entero, en todos los idiomas y muchos dialectos. Es el oasis para el peregrino que transita fatigado por el desierto árido y agobiante de esta vida.

Ha llevado consuelo y luz a cristianos encerrados en las lúgubres prisiones, fortaleció a mártires en los coliseos romanos y luego a aquellos que morían en las hogueras de la mal llamada «santa inquisición», que nada de santa tenía. Jamás poesía alguna ha podido hacer tanto bien a la humanidad, como estas seis magistrales estrofas del Salmo 23.

En esta oportunidad, meditaremos solo en la primera estrofa de este poema que Dios inspiró a David, «aquél varón que fue levantado en alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel» (2 Sam. 23: 1).

Jehová es mi pastor

En la difícil y larga peregrinación por el desierto de esta vida, necesitamos un seguro conductor, un guía, un pastor que nos lleve con mano firme y poderosa. Somos como ovejas que fácilmente nos descarriamos del verdadero sendero. ¡Cuántas veces en la vida nos hallamos sin saber cuál es el derrotero que hemos de seguir!

En la Palabra de Dios encontramos muchas promesas que nos dan plena garantía de contar con la guía de Jesús, nuestro pastor amante. En el Salmo 32: 8 se nos dice: «Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos». Por eso digo con toda convicción: «Jehová (Jesús) es mi pastor». «Entonces tus oídos oirán detrás de ti la palabra que diga: “Este es el camino, andad por él y no echéis a la mano derecha, ni tampoco os desviéis a la mano izquierda”» (Isa. 30: 21). Es la voz de Jesús, el buen pastor.

En el Nuevo Testamento, el pastor amante es Jesús: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas» (Juan 10: 11). Somos dichosos, porque al haber aceptado al Señor Jesús como nuestro Salvador, vivimos cerca de él y seguimos la senda que él nos muestra.

Este Salmo contiene una gran realidad teológica: Jesús es el pastor por excelencia, pues él:

- Conoce a sus ovejas (Juan 10: 14).
- Se relaciona con sus ovejas (Juan 10: 3–4).
- Protege a sus ovejas (Juan 10:10).
- Se sacrifica y da su vida por sus ovejas (Juan 10:11, 15).
- Ama a sus ovejas y tiene compasión de ellas (Mat. 9: 36).
- No es un mercenario, no es un ladrón ni salteador (Juan 10: 1, 12–13).

Nada me faltará

Quienes tenemos a Jesús por pastor, podemos decir con toda seguridad y con mucho gozo en nuestro corazón: «Nada me faltará».

«Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien» (Sal. 34: 10).

«Joven fui y he envejecido, y no he visto justo desamparado a su descendencia que mendigue pan» (Sal. 37: 25).

«Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19).

Quienes confiamos en Jesús como nuestro pastor amante, podemos decir con toda confianza: «Jehová es mi pastor, nada me faltará».

No me faltará el pan de cada día, porque Jesús, mi buen Pastor quien me ama, es dueño absoluto de todo lo que existe en este vasto universo. Si él cuida de las aves, cuidará también de mí.

No me faltará el vestido, porque soy hijo de aquel que viste de hermosura a los lirios del campo (Mat. 6: 25–34).

No me faltará el perdón, porque grande es su misericordia e inmensurable es su amor (Efe. 3: 17–21; Sal. 103: 11–13).

No me faltará su dirección, porque él es mi pastor amante.

No me faltará su consuelo en la hora de la prueba, ni su fuerza en la hora de la tentación.



No me faltará, en la hora de la muerte, su gracia ni la bendita esperanza en la gloriosa resurrección, porque Jesús mi pastor amante, es la esperanza de gloria; y porque él es la resurrección y la vida (Juan 11: 25).

No me faltará una morada en las mansiones celestiales, porque Jesús fue a prepararla para mí (Juan 14: 1–3).

En la vida y en la muerte, «Jehová es mi pastor, nada me faltará» (Sal. 23: 1).

Conclusión

La primera estrofa de este hermoso Salmo contiene una de las más valiosas promesas que Dios hace a su pueblo. Esta infunde en nuestro corazón la seguridad de que Jesús, nuestro pastor amante, estará siempre

con nosotros para protegernos en los momentos más difíciles de nuestro peregrinaje en esta tierra.

En el libro de Job surge una pregunta que Dios le hace a Job y a la humanidad entera: «¿Quién le prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, y andan errantes por falta de comida?» (Job: 38: 41). La respuesta se incluye en ese mismo texto, pues es Dios quien hace todo eso.

Por esto, y mucho más, puedo pregonar con todas las fuerzas de mi ser: «Jehová es mi Pastor, nada me faltará» (Sal. 23: 1). ¡Amen!

*César Monterroso,
Miraflores, Perú*